

EL RETO DE LA INVESTIGACIÓN INTERCULTURAL: LA TRADUCCIÓN DE LO POLITICAMENTE CORRECTO

María del Rosario MARTÍN RUANO
Universidad de Salamanca

En las dos últimas décadas, los estudios de traducción han ido evolucionando en sintonía con dos aspiraciones aparentemente contradictorias que pronosticó James Holmes en el artículo “The Name and Nature of Translation Studies”, admitido tácitamente como declaración de principios de este campo del saber: por un lado, la de establecerse como *disciplina autónoma*, como objeto de conocimiento, no ya secundario, sino de pleno derecho¹; por otro, curiosamente, la de reivindicar su naturaleza multidisciplinar, bien en paralelo con múltiples ramas del saber², bien englobando e integrando estos ámbitos, a modo de macrodisciplina abarcadora, de interdisciplina³.

No obstante, incluso en la opción más moderada de esta última disyuntiva, a la hora de definir el objeto de estudio de esta disciplina, se ha venido percibiendo la necesidad de abordar un replanteamiento de lo que significa *traducción*. Así, en las tendencias más audaces que acercan la disciplina a los llamados estudios culturales, la unidad de traducción consensuada ya no es el texto, sino la cultura. La *traducción*, por lo tanto, ha ido ampliándose hasta concebirse como mediación intercultural, reescritura de mentalidades colectivas o tráfico transfronterizo de discursos. Y este último concepto quizá haya hecho resonar los ecos del filósofo francés Michel Foucault, quien sitúa el discurso en un nivel superior a la materialidad de los acontecimientos discursivos que lo conforman (1999: 57). No en vano, en las teorías interculturales de la traducción, ésta se concibe como gozne, no ya entre textos y lenguas, sino entre las subjetividades de distintas comunidades o, por decirlo con Foucault, entre los diferentes *órdenes del discurso* que tejen lo social en cada cultura. La traducción, pues, está imbricada en una trama intercultural de relaciones de *ideología* y *poder*; poder que, como sugiere Theo Hermans, puede tener una dimensión económica y política, pero también simbólica⁴. En esta visión se produce, por tanto, una abstracción del concepto de

1 Ya en 1980 Susan Bassnett daba cuenta del cumplimiento del citado pronóstico: “Translation Studies is indeed a discipline in its own right: not merely a minor branch of comparative literary study, nor yet a specific area of linguistics, but a vastly complex field with many far-reaching ramifications” (1992 [1980]: 1).

2 Así lo entienden Susan Bassnett y André Lefevere, tal y como lo exponen en su prefacio a la obra de Gentzler (1993: ix).

3 En esta línea estarían Mary Snell-Hornby, Franz Pöchhacker y Klaus Kaindl, como parece desprenderse del título de la obra que editan en común (1992). No obstante, muchos estudiosos de la traducción perciben que los objetivos formulados por Holmes están aún por cumplirse. Véase, por ejemplo, Lawrence Venuti (1998: 8): “translation studies can only be described as emergent, not quite a discipline in its own right, more an interdiscipline that straddles a range of fields depending on its particular institutional setting”; del mismo modo, Lieven D’huilst (1995: 14) percibe “la nécessité d’une traductologie *enfin* interdisciplinaire”.

4 “Intercultural traffic, then, of whatever kind, takes place in a given social context, a context of complex structures, including power structures... The power structures cover political and economic power but also, in the field of cultural production, those forms which Pierre Bordieu calls ‘symbolic power’” (1996: 27).

“traducción”, equiparable a la que sitúa el discurso foucaultiano en el nivel incorpóreo de las mentalidades colectivas. Según afirma Ovidi Carbonell, todo discurso cultural puede ser considerado como un texto. De esta manera, la traducción cultural constituye un nivel superior de interacción que se produce siempre que una cultura interioriza y reescribe una experiencia que le es ajena (1996: 81). Como podrá adivinarse, esa *reescritura* está lejos de ser inocente y gratuita; encubre siempre una opción política y lleva aparejada inevitablemente una *manipulación* (Álvarez y Vidal, 1996; Hermans, 1985). Por un lado, como nos indican Bassnett y Lefevere, la traducción (y también en el sentido amplio de traducción cultural) puede resultar potencialmente subversiva para la cultura que la acoge; es una vía de apertura, de innovación y, quizás, de desequilibrio o ruptura en el discurso hegemónico. Por otro lado, puede –y de hecho suele– ser de tinte conservador, en cuyo caso se amolda a lo imperante, evita contradecir el *poder* y adopta, implícitamente, una función propagandística (1992: 1-13). En efecto, la traducción suele limar lo que, desde fuera, trastorna lo establecido o perturba el *orden del discurso* que la recibe –un *orden del discurso*, como sabemos por Foucault, que tiende a la estabilidad y a la continuidad, a conjurar lo que ponga en entredicho su ortodoxia, que es alérgico al cambio.

Los estudios de traducción, con estos antecedentes, se embarcan en un análisis de los procesos de transferencia intercultural –“traducción” en un sentido amplio, a fin de cuentas– que considere sus aspectos lingüísticos, históricos, económicos y socio-políticos y dé cuenta de sus implicaciones ideológicas (Bassnett, 1992: xvi). Y el modelo de análisis al que se adhieren muchos de estos teóricos vuelve a recordar, en cierto modo, a Foucault y su voluntad de completar, a través de una labor arqueológica, un gran archivo con el que poder rescatar de las prácticas discursivas su calidad de acontecimiento⁵. No en vano, los estudios de traducción se configuran como una disciplina *descriptiva* eminentemente *empírica*, de manera que las conclusiones se extraen a partir de los textos mismos, es decir, por hacer justicia a Foucault, del propio acontecimiento discursivo⁶. Evidentemente, un proyecto tan ambicioso sólo puede emprenderse, ya lo sugeríamos al comienzo, desde un enfoque multidisciplinar.

En este artículo intentaremos esbozar una posible aportación de la lingüística de corpus a esta empresa. El hecho de que nos centremos en esta disciplina obedece, fundamentalmente, a dos motivos; en realidad, a dos reivindicaciones. Hoy parece aceptarse, al menos en lo teórico, que ninguna explicación relacionada con el lenguaje puede basarse en elucubraciones e intuiciones ni derivar de la introspección, que se revela engañosa⁷, sino que debe desprenderse de datos reales, del

5 La obra de Foucault tiene, en gran medida, el objetivo de desmontar la falacia de las continuidades en las que encuentran estabilidad los discursos hegemónicos. Expone, por ejemplo, el trasfondo ideológico de presentar la historia como continuidad, potenciando la sucesión frente al suceso, el acontecimiento, la discontinuidad, la ruptura y la rareza. Foucault considera que el *archivo* es el único instrumento válido para abarcar la historia en toda su fragmentación, quiebra y fisura (Cf. Michel Foucault, *Respuesta al Círculo de Epistemología*, apud Francisco Jarauta [1979: 114]). De hecho, pone en práctica este procedimiento con el fin de crear una ontología del saber occidental. Por establecer una relación con la teoría de la traducción, el conato de realizar una “arqueología del saber” encuentra una similitud espectacular con, por ejemplo, el proyecto de André Lefevere de construir lo que él denomina *historical grammars*, donde se coleccionen las traducciones. Por otra parte, Lieven D’hulst pretende asimismo hacer una “arqueología del saber traductológico”, para asir el discurso que habla sobre la traducción (1992: 34).

6 Véase, por ejemplo, Theo Hermans (1985: 13): “investigation of translational phenomena should start from the empirical fact, i. e. from the translated text itself.”

7 Michael Stubbs resalta lo ingrato de las tareas de investigación en las ciencias humanas —entre las que incluye la lingüística—, que revelan lo que, retrospectivamente, parece obvio, si bien los agentes sociales son incapaces de llegar a esas conclusiones a través de la mera introspección (1996: 40). Por otra parte, Daniel Gile expone lo impreciso que resulta el discurso de los profesionales de la traducción sobre su propio trabajo, que se carga de

uso. Ésta es la premisa fundamental de la lingüística de corpus, especialmente fructífera en sus métodos de sondeo holista de la lengua mediante el procesamiento de grandes cantidades de texto, y la primera de las razones de nuestra decisión. En segundo lugar, parece conveniente reivindicar la valía de una disciplina que, por otra parte, goza de muy mala prensa en las teorías interculturales de los estudios de traducción. En efecto, la lingüística se rechaza en parte como reacción a la dependencia, de la que está liberándose, de la traducción respecto de estos estudios, así como porque se le reprocha su carácter excesivamente restringido⁸. Si se emprendiera una labor arqueológica de archivo similar a la que, de la mano de Foucault, proponemos, comprobaríamos el descrédito del que se acompaña el vocablo *lingüística*.

Sin embargo, la lingüística de corpus puede ser de gran utilidad para el progreso de los estudios de traducción, tanto más en cuanto sea capaz de asumir los desafíos de la interculturalidad. Con nuestra propuesta, intentamos descubrir nuevas vías de compatibilidad y conexión entre ambas disciplinas, un progreso *en común*. Porque, evidentemente, resulta imposible poner en duda la magnitud del desarrollo que, por sí sola, ha experimentado la lingüística de corpus, especialmente de la mano de John Sinclair, el promotor del proyecto Cobuild, pero tampoco puede cuestionarse que, de dicho desarrollo, se benefician la teoría y la práctica de la traducción. Sinclair es el impulsor y abogado más reconocido de, como él dice, una nueva visión de la lengua, así como de la tecnología a la que ésta se asocia (1991: 1): un paradigma alternativo que se ve posibilitado en lo metodológico por el avance experimentado en la recopilación, exploración, manipulación e interpretación de grandes cantidades de texto real gracias a las aplicaciones cada vez más refinadas de diversos útiles informáticos, y que arremete en lo teórico contra la extendida visión de la lengua como una abstracción, como una entelequia que planea por encima (e incluso separada) del uso que de ella hacen los hablantes⁹.

Desde luego, los logros de Sinclair son considerables, pero nos centraremos únicamente en tres que dejan ver sus efectos en nuestro campo. El primero y más evidente concierne a los resultados que proporciona este estudio “científico” de la lengua a partir de su observación empírica. Nos referimos a los productos lingüísticos anunciados como fiables, exactos, reales, basados, como dice Sinclair, en “pruebas” (1992: xv), comprobados y comprobables, cuyo referente más claro es el Diccionario Cobuild, que ofrece “los usos típicos y centrales de la lengua”, y de cuya utilidad para los traductores no puede desconfiarse. Este tipo de investigación —de laboratorio, por decirlo de alguna manera— viene a suplir la desasistencia histórica —que en el caso del español podría también considerarse actual¹⁰— de quien tiene en el lenguaje su herramienta

estereotipos, idealismos o falacias (1991, especialmente p. 154).

8 En la introducción a *The Manipulation of Literature. Studies in Literary Translation*, la obra que se toma como acta constitutiva de la Escuela de la Manipulación, Theo Hermans (1985: 10) explica que, efectivamente, la lingüística —en el estado de conocimiento en el que se encontraba en la fecha de la publicación de la obra— resultaba una base insuficiente para cimentar el estudio de la traducción literaria. Lawrence Venuti, por su parte, recela de los modelos lingüísticos por razones ideológicas. En su opinión, de basarse en ellos, el modelo de explicación de la traducción resulta conservador (1998: 21). No obstante, hay quien discrepa de esta opinión (Snell-Hornby 1988: 23).

9 “Language is an abstract system; it is realized in text, which is a collection of instances. This is clearly an inadequate point of view” (Sinclair 1991: 102).

10 En este sentido, resultan de especial interés los artículos de José A. Pascual (1995) o, en un medio menos especializado, el de José Antonio Millán (1998), que dan cuenta de la reticencia que exhibe el mundo hispanohablante al procesamiento técnico de la lengua, así como de las medidas que contribuirían a solucionar esta situación deficitaria. Si bien ambos aplauden el creciente desarrollo de la investigación lingüística y la reciente proliferación de corpus de nuestra lengua, como de ello ejemplo los reunidos por la Real Academia Española (el sincrónico CREA y el diacrónico CORDE) o por diversas editoriales (SGEL o VOX, entre otras), coinciden también en destacar el considerable atraso de estas iniciativas con respecto a sus equivalentes en inglés, así como la

de trabajo, y entronca con la tercera de las ramas de desarrollo de los estudios de traducción que preconizó James Holmes, la de proporcionar ayuda técnica a los profesionales del campo.

El segundo de los logros tiene que ver con los presupuestos metodológicos de la disciplina, según los cuales el *corpus* no es meramente una herramienta de análisis lingüístico, sino la premisa fundamental de la teoría lingüística (Stubbs 1996: 46), que depende de la máxima, por decirlo con Sinclair (1992: xv), de que el uso no puede inventarse, sino únicamente registrarse. Su importancia para los estudios de traducción radica en la conveniencia de aplicar esta máxima en la investigación que vaya a desarrollarse en el futuro. Asimismo, es preciso recalcar la necesidad –especialmente con vistas a la formación de nuevos profesionales– de sustituir por descripciones documentadas el presentimiento o la intuición personal como fuente de conocimiento sobre las normas que operan en la traducción. Por ilustrar esta aseveración, baste pensar, por ejemplo, que, según suele concederse (e instruirse), una norma tácita dicta que en inglés las conjunciones *and* y *but* no aparezcan a comienzo de oración, y mucho menos de párrafo. No obstante, como demuestra Hyde (1990: 228-229), en los editoriales de *The Guardian* estos nexos, y en esta posición inicial, son los que presentan mayor índice de frecuencias. Este ejemplo es trivial, pero lo suficientemente indicativo como para poner de manifiesto la necesidad de fomentar en los futuros traductores una conciencia lingüística crítica que les permita tomar y justificar decisiones en los casos en los que se produzca una disociación entre la norma y el uso, para evitar que se estancen en la aceptación irreflexiva de preceptos, ya sean lingüísticos, textuales o ideológicos.

Por último, y quizá de mayor importancia para nuestros propósitos, los logros de Sinclair se traducen en las bases de una nueva teoría del lenguaje¹¹, ciertamente desmitificadora. Sinclair, a la luz de sus averiguaciones, postula que, en contra de algunas creencias generalizadas sobre la lengua, por lo general excesivamente idealistas¹², ésta no es tanto variación como reiteración y, en cierto modo, predeterminación por defecto, repetición y recurrencia. Por un principio de coselección que él denomina *idiom principle*, los vocablos y las estructuras sintácticas exhiben una tendencia a asociarse reincidentemente entre sí, a desplegar una capacidad de afiliación y concurrencia, hasta poner incluso en entredicho la separación entre léxico y gramática, así como la sostenibilidad del mito de la existencia de un significado fijo, profundo, immanente o trascendente. La selección de los vocablos no suele ser independiente, sino que afecta a su entorno, que, a su vez, ejerce una influencia sobre aquéllos. Esta reciprocidad trae consigo, según Sinclair, una cesión de rasgos significativos. En cierto modo, Sinclair postula que el lenguaje, en su funcionamiento, está condenado a deslexicalizarse. Asimismo, desafiando la extendida idea de que la lengua es un conjunto finito de elementos que pueden combinarse de infinitas formas, Sinclair sostiene que el lenguaje, a pesar de su enorme potencial de variación, y en virtud de otro principio de alcance

inegable necesidad de que estos recursos lingüísticos sean, como dice Millán, *de libre disposición*, de forma que puedan ser consultados y explotados por todos los interesados y se agilice la elaboración de obras de referencia que tanto necesita una lengua de una importancia cultural y estratégica como la nuestra.

11 En este punto, para no traicionar a Sinclair, es precisa una cierta cautela a la hora de hablar de “la dimensión teórica” o de una “teoría lingüística” subyacente a su labor investigadora. En efecto, éste parece exteriorizar una cierta reticencia a extraer conclusiones sin una necesaria distancia. De hecho, en “Trust the text” (1994: 13), determina que, en la construcción de este nuevo marco para el estudio del lenguaje y el significado, “the first stage should be an attempt to inspect the data with as little attention as possible to theory”. A pesar de todo, su rechazo a explicitarla no es una negación de su existencia, porque, en una obra anterior, admite que “any [systematic] description [of language] rests on the foundations of a theoretical position, whether articulated or not” (1991: 123).

12 Véase, en este sentido, la advertencia de John Hyde (1996: 84): “We should seriously question the excessive idealisation in prevailing conceptions of language and inquire as to the true dimensions and characteristics of our raw material as is manifested in the reality of the text”.

restringido, de libre elección (*open-choice principle*), resulta más limitado y sistemático de lo que pudiera pensarse; que, por decirlo con Stubbs (1996: 41), es fundamentalmente “rutina”.

Las conclusiones a las que se llega con el estudio de los resultados del trabajo de Sinclair y de su obra teórica resultan revolucionarias, y ciertamente, no pueden dejar indiferentes a la teoría y la práctica de la traducción. Simplemente apuntaremos dos posibles efectos. El primero de ellos debería mitigar lo que Mary Snell-Hornby denomina el “síndrome de la equivalencia” (1998: 61): la búsqueda impulsiva y compulsiva de unidades léxicas “equivalentes”, simétricas a las del texto original en la lengua de llegada. Snell-Hornby alerta de la propensión de los traductores principiantes a sufrir esta “enfermedad”, pero no resulta infundado argumentar que el apego e incluso la veneración aún inconsciente de la “equivalencia léxica”, que cojean a la luz de las teorías de Sinclair, perviven hoy con mucha fuerza en todo el campo de los estudios de traducción. Si bien las últimas tendencias teóricas han superado la preocupación por la equivalencia (en tanto que ideal absoluto y universal)¹³, lo cierto es que del discurso que se desgaja de la práctica y sobre todo de la didáctica de la traducción se deduce lo contrario, a juzgar por lo recurrente de la imaginaria de la “fidelidad”, las “connotaciones”, las “evocaciones”, el “halo” o el “aura” de las palabras del original. Se tiende a pensar que cada palabra responde a una intención y que encierra una posible “trampa” para el traductor —sensación que se agrava en el caso de que no se reconozcan precedentes en las expresiones y de que las obras de referencia pertinentes, si es que las hay, no calmen la curiosidad o el recelo de quien las consulta. El enfoque de Sinclair, por tanto (y siempre con la salvedad de la consideración del tipo de textos en los que basa el criterio de representatividad de los corpus con los que trabaja), debería en cierto modo aliviar la aprensión y el desasosiego extremos; ayudar a proclamar, sin remordimientos, que no siempre hay por qué extender más de lo necesario la sospecha hacia la lengua. La valentía de la visión desmitificadora de Sinclair reside en aventurar que el lenguaje suele decir menos de lo que creemos que dice, que es menos original de lo que pretendemos¹⁴. Con esto en mente, se evitarían numerosos casos de, por hacernos con una imagen de Umberto Eco, “sobreinterpretación”, o del “síndrome de la equivalencia” de Snell-Hornby, que, buscando “auras” en lo prosaico, complican por lo general innecesariamente la traducción. Suele afectar esta idealización, por citar casos muy evidentes, a la traducción de sintagmas como *tiempo material*, *pertinaz sequía* o *rabiosa actualidad*, donde el tiempo, la sequía y la actualidad no ganan nada con ser, respectivamente, material, pertinaz y rabiosa.

El segundo de los efectos para los estudios de traducción de la dimensión teórica de la investigación de Sinclair reside en un paralelismo encubierto. Sinclair, desde el nivel micrológico del lenguaje, resalta lo que éste tiene de repetición, reiteración, recurrencia. Cabría pensar que estas conclusiones pueden extrapolarse al nivel macrológico del *discurso*, que se descubriría así como una constelación de significados repetidos con fuerza impositiva (Stubbs 1996: 158), y al funcionamiento de lo social en general, que adquiriría un carácter recursivo. De hecho, por retornar a Foucault, las lógicas imperantes encuentran su refuerzo y logran establecerse como ortodoxia a través de la redundancia y la convencionalización de lo que nunca es opción única, aunque así se presente. Por supuesto, éste es un componente esencial de la ideología: que “lo habitual” pase a ser considerado “lo natural”. Las últimas tendencias de la traducción pretenden precisamente desvelar las constricciones que, aun no siendo manifiestas, gobiernan el discurso y su producción; sacar a la luz, en definitiva, las fuerzas configuradoras de la *episteme* imperante en una cultura y una época, y

13 En efecto, ya no se trata de definir las condiciones que permitan conseguirla; como da por sentado Gideon Toury, siempre hay una equivalencia entre el texto original y el texto traducido (1980: 36).

14 En este sentido, Stubbs (1996: 195) señala que “the creativity of language use is often emphasized, and the importance of the routine is therefore often underemphasized”.

la conjunción de *poder/saber* que condiciona, en su producción y en su recepción, los productos importados, los objetos que resultan del incesante mecanismo de traducción cultural.

No obstante, este propósito excede el alcance de los trabajos impulsados por John Sinclair, y en este punto es donde se revelan las carencias de su enfoque y la necesidad de ir más allá para, como decíamos al comienzo, abrir nuevas vías para el progreso conjunto de la lingüística de corpus y los estudios de traducción. De hecho, el paradigma en el que se basa el proyecto Cobuild resulta limitado para nuestro propósito en tanto es eminentemente léxico y, como sugiere Michael Stubbs, está despojado de toda teoría social (1996: 43). Porque, si el lenguaje es rutina, repetición, orden, es por lo que tiene de servidumbre a una lógica determinada, por su alianza con un cierto poder (material o simbólico); por lo que tiene, pues, de político, ideológico e incluso institucional. Viene aquí al caso de nuevo recuperar a Foucault y su advertencia de que nos hallamos sometidos al *orden del discurso*. La utilización por parte de la escuela que sigue a Sinclair de los índices de frecuencias, los programas de concordancias y marcación documental y etiquetado, los contextos, el recuento de palabras, nudos, términos co-ocurrentes y un sinfín de datos extraídos gracias a una serie de avanzadas aplicaciones informáticas arroja luz sobre la superficie del lenguaje, pero no desenmascara lo que el lenguaje tiene de aliado o de traidor de opciones ideológicas macrológicas. Por otra parte, en la búsqueda de la sistematicidad —de lo típico y central del lenguaje, como dice Sinclair—, se descartan precisamente los elementos subversivos contra el discurso dominante, lo Otro o el Afuera (Foucault), lo carnavalesco (Bajtín), *the remainder* (Venuti); se deja de lado, en definitiva, lo que puede cuestionar, desde el margen, la *episteme* establecida; una *episteme* que, en la aldea global, está traducida o, por ser menos contundentes, se nutre de la traducción cultural, pero que, en cualquier caso, como nos advertían Bassnett y Lefevre, se configura en un choque de fuerzas entre la innovación y el conservadurismo.

Cabe, pues, la posibilidad de remozar los avances técnicos desarrollados por los discípulos de John Sinclair con las premisas de lo que Michael Stubbs denomina, siguiendo a Firth, *lingüística sociológica* (1996: 156). En concreto, con la ayuda de corpus, se trataría de abordar el análisis de palabras clave en la cultura; vocablos que, parafraseando a Firth, actúan como *centros o pivotes* del discurso de una comunidad, y que, por tanto, son relevantes desde un punto de vista sociológico. Es éste un estudio que se adentraría en la dimensión *social y política* del lenguaje en tanto que depositario de una serie de valores convencionalizados y transmisor de una conducta comunitaria particular, de un determinado *orden del discurso*. Por supuesto, es preciso reconocer que la idea no es del todo novedosa, y, de hecho, Stubbs nos proporciona algunos antecedentes. La propuesta de Firth data de los años treinta. En el campo de la lexicografía francesa, George Matoré planteaba hace unas décadas un proyecto similar. En el dominio anglosajón, R. Williams, ya en la década de los setenta, acometía un estudio cimentado en bases similares sobre el vocabulario constitutivo de la organización social. Deborah Cameron, por su parte, y más recientemente, lo filtraba por la ideología feminista para distinguir un “vocabulario politizado”. No obstante, nuestra propuesta diverge de sus precedentes al menos por dos motivos fundamentales: en primer lugar, porque hoy podemos beneficiarnos de las indudables ventajas que proporciona la aplicación de la tecnología informática al tratamiento industrial de la lengua, lo cual, sin duda, facilita y amplía considerablemente las dimensiones de una empresa que, de tomar por mentor a Foucault, se presiente archivística y arqueológica; en segundo lugar, porque, al situarnos al amparo de los estudios de traducción, extiende su alcance hasta entenderse como un medio de realización de análisis contrastivo entre culturas, y, más aún, hasta contribuir a la determinación del grado de mestizaje o hibridación cultural que resulta de las transacciones transfronterizas entre discursos, de

los procesos de traducción cultural. Así, analizando ciertos términos relevantes en un contexto intercultural, se podría certificar, en primer lugar, la sistematicidad y la repetición de parámetros que se observan en la interiorización de experiencias de la alteridad; en segundo lugar, la fricción, la manipulación, de la que son objeto los conceptos en su paso, por decirlo con Toury, de un *sistema de normas* a otro, o, con Foucault, de un *orden del discurso* a otro.

Para ilustrar el primer aspecto, el relacionado con la sistematicidad de los resultados de la traducción cultural, podemos recurrir a Edward Said (1978), quien estudia el discurso que habla sobre Oriente, para llegar a la conclusión de que, en Occidente, dicho discurso se recubre de enigma, sensualidad y misterio; se estereotipa para crear, como él dice, un “Oriente orientalizado”, lo cual corrobora Michael Stubbs al comprobar, en su corpus, los términos concurrentes con ese lema (1996: 169). Ovidi Carbonell, por su parte y extrayendo conclusiones similares a las de Said, alerta de la vigencia de un discurso recurrente de fantasía y ficción en las “narrativas de lo exótico” (1996: 84), y, lo que es más, la potenciación de dichas narrativas, de dicho exotismo, en la traducción (1997; 1998: 65). De ahí que podamos afirmar que el discurso, tal y como Sinclair lo descubriría en el lenguaje, es reiterativo; tiene voluntad de eco y reverberación. La recurrencia, pues, invade no sólo la capa superficial que Sinclair alcanzaba a perfilar, sino el trasfondo social, político, ideológico e institucional –en definitiva, histórico– subyacente. Ya decía Foucault que no somos sino seres totalmente esculpidos por la historia.

No obstante, no hay que olvidar que, para lograr esa sistematicidad, el discurso debe desplegar sus mecanismos neutralizadores de la innovación y de los elementos subversivos, que encuentran en la traducción un cauce idóneo para su aparición¹⁵. Por esa razón, la práctica de una labor de archivo –arqueológica, que diría Foucault– centrada en el traspaso de términos claves de una cultura a otra como la que proponemos puede ofrecer resultados sorprendentes. Así nos lo ha demostrado el análisis de los resultados de la traducción cultural de la corrección política a través de sus manifestaciones discursivas, de sus acontecimientos lingüísticos, de lo más relevante del material textual en el que, desde su gestación a finales de los ochenta hasta la fecha, se ha plasmado este discurso importado (cf. Martín Ruano 1997). El corpus documental del que parte nuestro trabajo está compuesto de textos literarios, académicos y divulgativos producidos en Estados Unidos y traducidos y publicados en España; documentos escritos en español que reescriben el fenómeno norteamericano de la corrección política y que, en buena medida y solapadamente, se nutren de las fuentes originales estadounidenses también identificadas; textos autóctonos que extrapolan la corrección política a la realidad española; documentos, finalmente, en los que la corrección política, y concretamente la expresión ubicua de “lo políticamente correcto”, se trata o se aplica con independencia de su origen en otra cultura, que ponen de relieve hasta qué punto (y de qué modo) se ha interiorizado (traducido, pues) este discurso en la cultura receptora. Ciertamente, esta transacción cultural ilustra a la perfección el segundo aspecto que exponíamos: la deformación inevitable que produce el juego de fuerzas al que está sometido el trasvase de discursos; deformación que, por otra parte, también afecta al nivel estudiado por Sinclair, al llegar a introducir cambios “semánticos” en los vocablos centrales del discurso cultural traducido. En el caso que nos ocupa, la manipulación que ha sufrido el concepto de lo “políticamente correcto” de la cultura de origen a la de destino es notable. De hecho, lo políticamente correcto llegó a España reseñado como un amplio movimiento social pluralista, abanderado por feministas, grupos desfavorecidos y etnias

15 “Translation is not just a ‘window opened to another world’, or some such pious platitude. Rather, translation is a channel opened, often not without a certain reluctance, through which foreign influences can penetrate the native culture, challenge it, and even contribute to subverting it” (Lefevre, 1992: 2).

minoritarias, defensor de una visión más realista e inclusiva de Norteamérica y de las colectividades que la forman¹⁶. No obstante, puesto que la traducción cultural tomó como texto de partida el discurso conservador norteamericano, muy crítico con la corrección política y sus medidas multiculturalistas como la discriminación positiva, la revisión del canon o las políticas de identidad, la expresión que estudiamos se concretó en ciertas imágenes recurrentes, como un rechazable nominalismo¹⁷, un motín tiránico en los campus universitarios norteamericanos¹⁸ o la amenaza de una censura iniciada por las víctimas del sistema¹⁹. Pero, de ahí, lo políticamente correcto comenzó a reescribirse, a traducirse a la realidad de la cultura receptora, a acoplarse a sus normas, en lo socio-político y en lo ideológico, hasta engendrar una “corrección política a la española”, inmensamente distanciada de su referente original. Baste señalar que, en uno de sus matices, esta traducción cultural, en gran medida, ha sufrido los efectos de la “traducción” a secas, de lo traicionero del calco. Así, de vincularse a un movimiento que abandera el respeto de las *minorías* — *politically correct* tiene más que ver con la *educación* que con la *política*, y, de hecho, como apunta África Vidal (1995: 26), mejor hubiera sido traducir el sintagma por lo “socialmente respetuoso”—, en España se ha interpretado como “lo que conviene a los asuntos públicos”, “lo que resulta acertado en la escena política”, de forma que se ha aliado a la opción *mayoritaria*²⁰. Resulta evidente que el cambio ideológico es inmenso, y da cuenta, aun mínimamente, de la dimensión política e ideológica del discurso, así como de la responsabilidad que asumen los traductores, porque sus *reescrituras* resultan decisivas para la configuración de la *episteme* que rige en la cultura receptora. Con ellas, ya nos lo advertían Bassnett y Lefevere, se puede potenciar la innovación, el progreso y el cambio, o la estabilidad, la conservación e incluso el estancamiento. Este tipo de análisis contribuiría a ampliar la toma de conciencia sobre el inmenso poder de la traducción en

16 Esta “definición” está en gran medida basada en la que ofrecen Henry Beard y Christopher Cerf en el “diccionario oficial” de lo políticamente correcto (1992: 40). De aquí en adelante, las notas recogen algunos de los contextos más significativos que relacionan lo *políticamente correcto* con los matices que han surgido de la mano de esta curiosa traducción cultural.

17 “[L]as palabras políticamente correctas [son] una ocasión para la risa y la parodia que ofrecen continuamente estos diccionarios del eufemismo y el circunloquio” (Pereda 1994: 81); “la *political correctness*, que ha hecho del nombrar el acto de dominación o de reconocimiento por excelencia, tiene todo el aspecto de que puede llegar a originar un nuevo *nominalismo*” (Innerarity 1995: 11); “el libro adopta el lenguaje ‘políticamente correcto’ y no dice alcohólico, sino ‘persona que sufre dependencia del alcohol’” (Verdú 1995b: 32); “el lenguaje *políticamente correcto* puede hacer sonreír: estos días hemos podido comprobar que en España ... ya se denomina *afroamericanos* a los negros” (García Posada 1995: 11); “recurrió al moderno uso *políticamente correcto* de evitar el genérico masculino” (Grijelmo 1997: 7).

18 “[P]olíticamente correcto equivale a una mentira ... que conviene a los intereses de un pequeño, pero activo, grupo que aspira a instaurar el totalitarismo en los Estados Unidos” (González 1995: 15); “[lo políticamente correcto] se manifiesta como defensa de los derechos de las minorías, aun cuando en realidad disuelve la identidad de cualquier grupo social y provoca hostilidad entre ellos” (Casals 1992: 332); “Lo *políticamente correcto* ... es la perversa culminación de un proceso ... comenzado en los años sesenta” (Sánchez Cámara y R. Lafuente 1996: 7); “La corrección política es una inmensa patochada intelectual y política ... protagonizada por el resentimiento y la ignorancia. Una combinación de perfiles sórdidos y erráticos” (Sánchez Cámara y R. Lafuente 1996: 55).

19 “[I]a actual jerga americana de lo políticamente correcto [es un] intento ... de amordazar la libertad de pensamiento y expresión de los individuos” (Mosterín 1995: 15); “Ser políticamente correcto es hacer y decir las cosas al estilo de como dios manda ... aquél que reivindican para sí ciertos grupos *liberales*” (Verdú 1995a: 14); “la plaga de lo *políticamente correcto* ... es una peligrosísima y privilegiada expresión de ese fascismo blanco que galopa por Europa y América” (García Posada 1997a: 41); “Lo ‘políticamente correcto’ o la ‘nueva Inquisición’” (Fernández Ballesteros 1997: 11-12).

20 “En España, lo *políticamente correcto* es el pensamiento único, no la discriminación positiva o el multiculturalismo ... Lo *políticamente correcto* son los valores del liberalismo económico” (Estefanía 1997: 26); “aunque sea *políticamente incorrecto* citar a Marx en los tiempos que corren” (Klappenbach 1997: 12); “estas decisiones son sin duda las políticamente correctas, pero técnica e históricamente no lo son” (García Posada 1997b: 36).

tanto que herramienta *política*, y del traductor, del mediador intercultural, en tanto que *agente social*.

La propuesta que aquí hemos presentado y que hemos ilustrado con nuestro estudio sobre lo políticamente correcto pretende contribuir a la empresa de descubrir o acentuar la importancia de la dimensión *social* del discurso y del lenguaje. En cierto modo, permite argumentar que la investigación en este campo amplio y, en concreto, bajo los auspicios de los estudios de traducción no es un capricho ni una labor inútil, como pudiera desprenderse de la escasez de programas de investigación en este ámbito, pues, como se ha tratado de demostrar con los datos aportados, fomenta la comprensión del mundo en que vivimos, de la realidad intercultural que habitamos, con sus bondades e inconvenientes, con todos los intereses que hay en juego y todos los mecanismos de legitimación, exclusión y dominio que están activados en el proceso de su construcción. Se puede sostener que este tipo de investigación, en efecto y por lo expuesto, facilita la toma de conciencia sobre lo que asumimos como incuestionable y, por tanto, impulsa el cambio y el progreso de lo que, desde estas indagaciones, se revela contingente e incluso arbitrario. La lingüística de corpus puede colaborar en este progreso (social) en tanto en cuanto se dote de presupuestos socioculturales. Este artículo no intenta sino romper una lanza a favor de un ámbito del conocimiento desacreditado en las teorías interculturales de la traducción, desde la convicción de que cabe esperar un futuro prometedor para la disciplina en conjunción con los estudios de traducción. O, si se prefiere, pretende ser uno de los documentos que, en un futuro corpus y en un estudio —como el que hemos propuesto— sobre el término *lingüística*, se integre junto a los que restituyan las connotaciones culturales positivas del vocablo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS DE OBRAS TEÓRICAS:

- ÁLVAREZ, R. y M.C.A. VIDAL: “Translating: A Political Act”, en R. Álvarez y M.C.A. Vidal (eds.), *Translation, Power, Subversion*, Clevedon/Filadelfia/Adelaide, Multilingual Matters, 1996, pp. 1-9.
- BASSNETT, S.: *Translation Studies*, Londres y Nueva York, Routledge, 1992 (1980).
- BASSNETT, S. y A. LEFEVERE: “Introduction”, en S. Bassnett y A. Lefevere (eds.), *Translation, History & Culture*, Londres, Routledge, 1992, pp. 1-13.
- BASSNETT, S. y A. LEFEVERE: “General Editor’s Preface”, en E. Gentzler, *Contemporary Translation Theories*, Londres y Nueva York, Routledge, 1993, pp. ix-x.
- CARBONELL CORTÉS, O.: “The Exotic Space of Cultural Translation”, en R. Álvarez y M.C.A. Vidal (eds.), *Translation, Power, Subversion*, Clevedon/Filadelfia/Adelaide, Multilingual Matters, 1996, pp. 79-98.

- CARBONELL CORTÉS, O.: *Traducir al Otro. Traducción, exotismo, poscolonialismo*, Cuenca, Ediciones de la Universidad de Castilla-La Mancha, 1997.
- CARBONELL CORTÉS, O.: "Orientalism in Translation. Familiarizing and Defamiliarizing Strategies", en A. Beylard-Ozeroff, J. Králová y B. Moser-Mercer, *Translator's Strategies and Creativity*, Amsterdam/Filadelfia, John Benjamins, 1998, pp. 63-70.
- D'HULST, L.: "Sur le role des métaphores en traductologie contemporaine", *Target*, 4:1, 1992, pp. 33-51.
- D'HULST, L.: "Pour une historiographie des théories de la traduction: questions de méthode", *TTR*, vol. 8, n. 1, 1er semestre 1995, pp. 13-33.
- FOUCAULT, M.: *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, [1973] 1999. Trad.: Alberto González Troyano.
- GILE, D.: "Methodological Aspects of I/T Research", *Target*, 3:1, 1991, pp. 153-174.
- HERMANS, T.: "Introduction: Translation Studies and a New Paradigm", en T. Hermans (ed.), *The Manipulation of Literature. Studies in Literary Translation*, Londres y Sidney, Croom Helm, 1985, pp. 7-15.
- HERMANS, T.: "Norms and the Determination of Translation: A Theoretical Framework", en R. Álvarez y M.C.A. Vidal (eds.), *Translation, Power, Subversion*, Clevedon/Filadelfia/Adelaide, Multilingual Matters, 1996, pp. 25-51.
- HOLMES, J.: "The Name and Nature of Translation Studies", en R. van Den Broeck (ed.), *Translated! Papers on Literary Translation and Translation Studies*, Amsterdam, Rodopi, 1988, pp. 67-80.
- HYDE, J.: *Aspects of Discourse Analysis: The Explicit Signalling of Intersentential Relations in English*, Tesis Doctoral inédita, Universidad de Salamanca, 1990.
- HYDE, J.: "The Explicit Signalling of Intersentential Relations in Authentic Texts: An Overview", *Trans*, nº. 1, 1996, pp. 73-85.
- JARAUTA, F.: *La filosofía y su otro (Cavaillès, Bachelard, Canguilhem, Foucault)*, Valencia, Pre-Textos, 1979.
- MARTÍN RUANO, M.R.: *La traducción de lo políticamente correcto*, Trabajo de Grado inédito, Universidad de Salamanca, 1997.
- MILLÁN, J.A.: "El espléndido futuro del español y cómo pagaremos por él", *El País*, 15 de abril de 1998, p. 12.

- PASCUAL, J.A.: “Escándalo o precaución sobre el futuro de nuestra lengua”, en Marqués de Tamarón (dir.), *El peso de la lengua española en el mundo*, Fundación Duques de Soria, 1995.
- SAID, E.: *Orientalism*, Londres, Routledge & Kegan Paul, 1978.
- SINCLAIR, J.McH.: *Corpus, Concordance, Collocation*, Oxford, Oxford University Press, 1991.
- SINCLAIR, J.McH.: *Collins Cobuild English Language Dictionary*, Londres, HarperCollins Publishers, 1992.
- SINCLAIR, J.McH.: “Trust the text”, en M. Coulthard (ed.), *Advances in Written Text Analysis*, Londres, Routledge, 1994, pp. 12-25.
- SNELL-HORNBY, M.: *Translation Studies. An Integrated Approach*, Amsterdam/Filadelfia, John Benjamins, 1988.
- SNELL-HORNBY, M., F. PÖCHHACKER y K. KAINDL (eds.): *Translation Studies. An Interdiscipline*, Amsterdam/Hiladelfia, John Benjamins, 1992.
- STUBBS, M.: *Text and Corpus Analysis*, Oxford, Blackwell Publishers, 1996.
- TOURY, G.: *In Search of a Theory of Translation*, The Porter Institute for Poetics and Semiotics, Tel Aviv University, 1980.
- VENUTI, L.: *The Scandals of Translation. Towards an Ethics of Difference*, Londres y Nueva York, Routledge, 1998.

DOCUMENTOS CITADOS EN RELACIÓN CON LA CORRECCIÓN POLÍTICA:

- BEARD, H. y C. CERF: *The Official Politically Correct Dictionary and Handbook*, Londres, HarperCollins Publishers, 1992.
- CASALS, M.: “Lo ‘políticamente correcto’”, en *Anuario de los temas 1991*, Barcelona, Difusora Internacional, 1992, p. 332.
- ESTEFANÍA, J.: *Contra el pensamiento único*, Madrid, Taurus, 1997.
- FERNÁNDEZ BALLESTEROS, R.: “Lo ‘políticamente correcto’ o la ‘nueva Inquisición’”, *El País*, 30 de octubre de 1997, pp. 11-12.
- GARCÍA POSADA, M.: “Los ‘violentos’”, *El País*, 3 de noviembre de 1995, p. 11.

- GARCÍA POSADA, M.: “Lorito real”, *El País*, 23 de enero de 1997[a], p. 41.
- GARCÍA POSADA, M.: “Señora portera”, *El País*, 10 de julio de 1997[b], p. 36.
- GONZÁLEZ, S.: “La nueva Biblia PC”, *Lateral*, noviembre 1995, pp. 15-16.
- GRIJELMO, A.: “Palabras y palabros”, *Domingo (El País)*, 15 de junio de 1997, p. 7.
- INNERARITY, D.: “La tolerancia y sus equívocos amigos”, *El País*, 14 de junio de 1995, pp. 11-12.
- KLAPPENBACH, A.: “Las dos morales”, *El País*, 14 de enero de 1997, p. 12.
- MOSTERÍN, J.: “Una mordaza a la libertad”, *El País*, 19 de noviembre de 1995, p. 15.
- PEREDA, R.: “La cultura del eufemismo”, *Letra Internacional*, nº. 35, 1994, pp. 81-83.
- SÁNCHEZ CÁMARA y F. R. LAFUENTE: *La apoteosis de lo neutro*, Papeles de la Fundación, nº. 36, Fundación para el Análisis y los Estudios Sociales, 1996.
- VERDÚ, V.: “La etiqueta genuinamente americana”, *El País* 19 de octubre de 1995[a], p. 14.
- VERDÚ, V.: “¿Es usted normal?”, *El País*, 26 de octubre de 1995[b], p. 32.
- VIDAL CLARAMONTE, M.C.A.: “El derecho a ser gordo”, *Lateral*, noviembre 1995, p. 26.